

tots/: 952

24 oct 69

Expectación Industrial y Artesanal

SANTORAL
EL SEÑOR DEL VENENO

Por Daniel COSÍO VILLEGAS

INÚTIL buscar un problema comparable en complicación, delicadeza y gravedad al de cómo se salta a la presidencia de la República, por qué se goza en ella de un poder absoluto y cómo, al concluir, brincan derechito nuestros presidentes a la inmortalidad histórica. Debe haber mil causas que medio expliquen este recóndito secreto; pero al menos cabe señalar las sobresalientes.

PUEDE decirse que en el siglo y medio desde la consumación de nuestra Independencia, el mexicano ha mostrado un indolente desapego de la cosa pública. Nuestra historia está llena de la-

mentos anuales cada vez que ocurren las elecciones, lo mismo de munícipes que de diputados, senadores o presidentes de la República. El lamento se exhala siempre con idénticas palabras y pareja rotundidad: el pueblo mexicano no concurre a las casillas electorales.

El hecho se reprodujo con tan férrea tenacidad durante el siglo pasado, que surgió la idea de que si el pueblo se negaba a hacer las elecciones, el gobierno tenía que fabricarlas, pues todas las instituciones nacionales y locales descansaba en un hecho que resultaba ficticio. También nació la ocurrencia de quitar el voto a los analfabetos, suponiendo que quienes sabían leer y escribir sí se interesaban en la vida pública. Se recomendó ensayar el sufragio directo, con la esperanza de que el entusiasmo del pueblo se despertara con la supresión de ese intermediario que era el elector. Hubo, en fin, la piadosa admonición de redoblar el esfuerzo educativo, sobre todo el inmediato de una instrucción cívica que enseñara los derechos ciudadanos, su ejercicio y su defensa.

ES POSIBLE hallar una explicación a esa indiferencia popular del siglo pasado. A la ignorancia, ya señalada, debe agregarse el aislamiento en que vivía la inmensa mayoría de los mexicanos. Un buen 70% de ellos residía en comunidades de menos de 2,500 habitantes, separadas unas de otras por distancias y peripecias geográficas que no salvaban las comunicaciones existentes, y en las cuales nunca había habido escuelas. Pero esta situación se ha modificado en un grado increíble merced a las comunicaciones, una de las pocas tareas que la Revolución ha desempeñado con ejemplar continuidad, y a una educación que se ha extendido mucho horizontalmente.

Esos factores explicativos del siglo pasado han dejado de operar en el presente; pero otros actúan todavía, digamos el obvio de que la gran mayoría de los mexicanos está ocupada y preocupada en la tarea impostergable, cotidiana, de ganarse el sustento. Carece, pues, del ocio o siquiera del respiro para atender a cosas tan remotas e inciertas como la política. Otro factor todavía operante es la escasísima confianza que el

mexicano pone en todos sus gobernantes. Y es natural: un ejidatario de la Altiplanicie sabe que toda la suerte de sus cultivos depende de una lluvia que sólo el Cielo o Dios pueden dispensar ¿A título de qué ha de poner sus esperanzas en un lidercete de la CNC?

AQUÍ ENTRA aquel veneno que tiñó de negro el Crucifijo que acostumbraba besar el obispo al pasar para su estudio. Es una circunstancia exclusiva de la época actual, y que, como ninguna otra, ayuda a explicar el hondo abismo que separa nuestra vida pública real de la fingida o aparente, y que engendra todos esos misterios del ascenso impensado de nuestros presidentes, su poder absoluto y su salto risueño a la inmortalidad.

Es ésta: oculta bajo el desorbitado desarrollo industrial de los últimos treinta años, nació y ha crecido la industria de la política, que tiene todos los atributos propios de la fabricación moderna en gran escala: especialización, técnicas refinadas, maquinaria modernísima, inversiones exigentes, jugosos rendimientos y reinversión de una porción prudente de ellos,

una jerga especial para expresarse, etc.

Los atractivos de esta nueva industria resultan irresistibles. Quienes desean dedicarse a ella no tropiezan siquiera con el requisito de la educación secundaria, que hoy exigen para sus mozos las grandes instituciones bancarias. Tampoco requiere inversión de dinero, sino de recursos humanos: una cierta tenacidad, alguna discreción y un sostenido silencio; una dosis moderada de astucia para adivinar el pensamiento o el apetito del superior, y, una vez conocidos, el entusiasmo corporal necesario para celebrarlos ruidosamente.

Los beneficios, las ganancias, son con mucho el máximo incentivo de la industria de la política, pues son incomparablemente mayores que los de cualquiera otra actividad económica, sea ella fabril, minera, bancaria, agrícola o comercial. Sin poner un solo centavo de capital, sin correr el más mínimo riesgo y sin otro esfuerzo que el no muy extenuante de la "influencia" o la recomendación, el clásico y modesto corretaje del 10%, rinde anualmente --según un econometrista-- unos ^{ochos mil cuatrocientos} ~~doce mil~~ millones de pesos.

faltan 2 art. ocurre

SANTORAL:

EL SEÑOR DEL VENENO

INÚTIL buscar un problema comparable en complicación, delicadeza y gravedad al de cómo se salta a la presidencia de la República, por qué se goza en ella de un poder absoluto y cómo, al concluir su período, brincan derechito nuestros presidentes a la inmortalidad histórica. Debe haber mil causas que medio expliquen este recóndito secreto; pero al menos cabe señalar las sobresalientes.

PUEDE decirse que en el siglo y medio desde la consumación de nuestra Independencia, el mexicano ha mostrado un indolente desapego de la cosa pública. Nuestra historia está llena de lamentos cada vez que ocurren las elecciones de municipales o de diputados, de senadores o presidentes. El lamento se exhala siempre con idénticas palabras y pareja rotundidad: el pueblo mexicano no va a votar.

El hecho se reprodujo con tan férrea tenacidad durante el siglo pasado, que surgió la idea de que si el pueblo se negaba a hacer las elecciones, el gobierno tenía que fabricarlas, ya que todas nuestras instituciones políticas descansaban en un hecho ficticio. También nació la ocurrencia de quitar el voto a los analfabetos, suponiendo que quienes sabían leer y escribir sí se interesaban en

la vida pública. Se recomendó ensayar el sufragio directo, con la esperanza de que el entusiasmo del pueblo se despertara con la supresión de ese intermediario que era el elector. Asimismo hubo la piadosa admonición de redoblar el esfuerzo de una instrucción cívica que enseñaba los derechos ciudadanos, su ejercicio y su defensa.

ES POSIBLE explicar esa indiferencia popular del siglo pasado. A la ignorancia, ya señalada, debe agregarse el aislamiento en que vivía la inmensa mayoría de los mexicanos. Un buen 70% de ellos residía en comunidades de menos de 2,500 habitantes, separadas unas de otras por distancias y peripecias geográficas que no salvaban las comunicaciones existentes, y en las cuales nunca había habido escuelas. Pero esta situación se ha modificado en un grado increíble merced a las comunicaciones, una de las pocas tareas que la Revolución ha desempeñado con ejemplar continuidad, y a una educación que se ha extendido mucho horizontalmente.

Esas explicaciones del siglo pasado han dejado de operar en el presente; pero otros factores actúan todavía, digamos el que la gran mayoría de los mexicanos está ocupada y preocupada en la tarea cotidiana de ganarse el sustento; carece, pues, aun del respiro para atender a cosas remotas e inciertas como la política. También sigue operando la escasísima confianza que el mexicano pone en sus gobernantes. Y es natural: un ejidatario de la Altiplanicie sabe que toda la suerte de sus cultivos depende de una lluvia que sólo el Cielo o Dios pueden dispensar. ¿A título de qué ha de poner sus esperanzas en un lidercete de la CNC?

PERO hay una circunstancia exclusiva de la época actual, y que ayu-

da como ninguna otra a explicar el hondo abismo que separa nuestra vida pública real de la fingida, y que engendra todos esos misterios del ascenso impensado de nuestros presidentes, su poder absoluto y su salto risueño a la Inmortalidad.

Es ésta: oculta bajo el desorbitado desarrollo industrial de los últimos treinta años, nació y ha crecido la industria de la política, que tiene todos los atributos propios de la fabricación moderna en gran escala: especialización, técnicas refinadas, maquinaria complicada, inversiones exigentes, jugosos rendimientos, una jerga especial para expresarse, etc.

Los atractivos de esta nueva industria resultan irresistibles. Quienes desean dedicarse a ella no tropiezan siquiera con el requisito de la educación secundaria, que hoy exigen para sus mozos las grandes instituciones bancarias. Tampoco requiere inversión de dinero, sino de modestas capacidades: una cierta tenacidad, alguna discreción y un sostenido silencio, una dosis moderada de astucia para adivinar el pensamiento o el apetito del superior, y, una vez conocidos, el entusiasmo corporal necesario para celebrarlos vociferantemente.

Las ganancias son con mucho el máximo incentivo de la industria política, pues son incomparablemente mayores que los de cualquiera otra actividad económica, fabril, minera, bancaria, agrícola o comercial. Sin poner un solo centavo de capital, sin correr el más mínimo riesgo material y sin otro esfuerzo que el no muy extenuante de la "influencia" o la recomendación, el clásico y modesto corretaje del 10% rinde anualmente --según un econometrista-- unos ocho mil cuatrocientos millones de pesos.

Además, la industria de la política da el poder, el dominio so-

bre la vasta esfera oficial y sobre el sector privado, cuya vida depende en última instancia del beneplácito oficial. Así, a los beneficios materiales se añade el deleite de mandar, de imponer, de dictar, de sentirse superior al resto del reino animal, de ver reproducida la propia imagen en la prensa, la televisión y la radio, en suma, de juzgarse héroe y hasta benefactor de la Patria.

ASÍ COMO la fabricación del cemento, de las telas o del calzado está reservada a los obreros y a los técnicos de la empresa respectiva, y, por ende, de ellas está excluido el ciudadano común y corriente, asimismo este ciudadano queda eliminado de la vida pública, reserva exclusiva de unos 5,000 profesionales de la industria de la política. Aún hay una diferencia inmensa entre la industria política y las otras. En una economía de mercado, un consumidor puede preferir los zapatos de una marca a los de otra; si ninguna le place, puede usar la alpargata o el huarache, y en último extremo caer en el recurso desesperado de caminar descalzo. Pero la industria de la política se distingue de todas las demás en que tiene un mercado absolutamente asegurado, pues, en efecto, nadie puede prescindir de sus productos, del gendarme, de la feicita apostada tras la ventanilla de la tesorería, del juez, de los legisladores o del Presidente de la República.

SERÍA EL caso de recordar el dicho de Clemenceau: la guerra es un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los militares. ¿No es la política un asunto todavía más importante? Entonces, no debe quedar reservado al político industrial, y debe regresarse a la artesanía de los viejos atenienses.